

# EL CARISMA JESUITA / IGNACIANO UNA SINTESIS PERSONAL Y TRIBUTO AL P. P. ARRUPE

Herbert Alphonso, S.J.

*Profesor Emérito*

*Pontificia Universidad Gregoriana, Roma*

## INTRODUCCIÓN

Por mi estrecha asociación con el Padre Arrupe, como Director del Centro Ignaciano de Espiritualidad en la Curia Jesuita, durante los últimos años de su vida y de su dirección activa como General de la Compañía de Jesús, me han pedido que ofrezca una manera de visión amplia, y una síntesis, de su ahora famosa trilogía de charlas finales a los participantes del curso Ignaciano de cinco semanas, que se organizaba cada año por el Centro de Espiritualidad Ignaciana (CIS): “*Nuestro Modo de Proceder*” (18 de enero de 1979), “*La Inspiración Trinitaria del Carisma Ignaciano* (8 de febrero de 1980), y “*Enraizados y Fundados en el Amor* (6 de febrero de 1981).

Aprovecho la oportunidad que amablemente me ofrece el actual Secretario del Secretariado para la Promoción de la Espiritualidad Ignaciana, P. Eduardo Mercieca S.J., para ampliar algo el marco de mi contribución a un contexto concreto: el tributo personal, largo tiempo deseado, de profunda y afectuosa gratitud, a la memoria de un líder inspirado y gran amigo, un auténtico “hombre de Dios”— “hombre para los demás” —, con ocasión del centenario de su nacimiento.<sup>1</sup>

Desde el comienzo de su generalato (1965), el P. Arrupe dejó bien claro su objetivo: contribuir a la “renovación, puesta al día, y adaptación” de la Compañía de Jesús, como se pidió en las dos anteriores Congregaciones Generales (CG 31, 1965-66, y CG 32, 1874-75),<sup>2</sup> para cumplir con el Vaticano

II (*Acta Romana* XVII, 1979-, 691). Y es claramente evidente, por la manera de presentarlos, que en los tres pasos de lo que hemos llamado “su ahora famosa trilogía” nunca se apartó de ese fin, con fidelidad a las directrices del Concilio, y a los decretos de las CGs 31 y 32. <sup>3</sup>

Sin embargo, el P. Arrupe era muy consciente de que su objetivo en cada paso de “esta vuelta a las fuentes, en las condiciones cambiantes de nuestro tiempo”, era un proceso dinámico, que iba desde la “cima más alta” hasta el “centro más profundo”. He aquí cómo el mismo P. Arrupe describía los pasos progresivos en su trilogía: “La primera alocución sobre *Nuestro Modo de Proceder* surge desde el carisma ignaciano y **continúa su camino** a través de los diversos niveles de aplicación a las **condiciones cambiantes de los tiempos**, mientras que la segunda sobre *La Inspiración Trinitaria*, aunque también comienza desde el carisma de Ignacio, **se eleva** hasta su última cima: la intimidad trinitaria. Hoy, (es decir, el 6 de febrero de 1981, día en el que dio su charla final sobre “*Enraizados y Fundados en el Amor*,— *Eph. 3: 17*), me propongo llegar **al mismo núcleo central** de esta suprema experiencia ignaciana: la realidad de que “**Dios es amor**”. Porque en mi opinión, este es el resumen final y la síntesis de todo lo que Ignacio aprendió en esa intimidad privilegiada trinitaria, a la cual él se sentía llamado gratuitamente...Esta es la raíz más profunda, el último fundamento del carisma Ignaciano, el alma de la Compañía” (*Ibid* XVIII, 1980-81, 472, n. 1).

### *Intento de Resumen Personal y Síntesis*

Hacia el fin de su importante charla sobre **La Inspiración Trinitaria del Carisma ignaciano**, el P. Arrupe muy modestamente calificó su amplio estudio y análisis del tema como “solamente un comienzo”, y añadió enseguida: “al llegar a este punto invito a nuestros teólogos y especialistas en la Espiritualidad Ignaciana a ampliar y profundizar en estos estudios (*Acta Romana* XVIII, 1980-1981, 158, n. 1031).

Deseo responder sencillamente a esta invitación del P. Arrupe. De una manera simple, —y si quieren expresarlo así, como un intento - me atrevo a hacerles partícipes de lo que durante largos años, en mis estudios, reflexiones y oraciones, yo he ido elaborando como mi particular síntesis del carisma Jesuita / Ignaciano, basada principalmente, aunque no de forma exclusiva, en las experiencias místicas de Ignacio en el río Cardoner y en la Storta. Haceros partícipes de esto, me llevará a mi mismo en primer lugar, a

mis propias reflexiones y síntesis sobre la característica ignaciana de “encontrar a Dios en todas las cosas”, después a su dialéctica de “persona” y “comunidad”, y también al papel fundamental que juega el “amor”—especialmente “el amor que discierne” (*discreta caritas*)— en la vida y misión, no sólo del cuerpo de la Compañía sino de cada jesuita en particular. Intentaré concretar todo esto a la luz clarificadora, que derrama en el proceso la “pedagogía profunda de la libertad interior”, en la cual el Pedagogo Divino ha formado, Él mismo, y ejercitado, a Ignacio.

### *Panorámica*

Todo lo que Ignacio pensó, dijo, hizo o escribió, después que el mismo Dios lo había instruido en la escuela del Espíritu, es un testimonio de su manera de contemplar el mundo, las personas, o la misma vida. ¿Cómo era esa panorámica, resultado de la enseñanza de Dios desde su lecho de convaleciente en Loyola, a través de lo que él llamaba su “Iglesia primitiva” en Manresa, pasando por su peregrinación a Jerusalén, por el tiempo de sus estudios—Barcelona, Alcalá, Salamanca, París—y finalmente por su destino final en Roma? Se puede resumir en las palabras siguientes: Ignacio estaba “puesto con el Hijo”, es decir, estaba asociado íntimamente con Jesucristo en su obra redentora, que todavía tiene lugar en el mundo, y en la Iglesia actual, para mayor gloria de Dios Padre.

Esta “panorámica” ha ido siendo asimilada por Ignacio desde los días de su conversión en Loyola. Llegó a un momento de máxima intensidad en las gracias místicas derramadas sobre Ignacio en Manresa, y culminó en la “ilustración sublime” junto al río Cardoner. Lo que Ignacio conoció y entendió entonces, porque no fue una simple visión, era que todo procede de Dios, y todo vuelve a Dios. Todo—todo lo existente—puede conocerse sólo en Dios. Esta “panorámica”, de todo el mundo, que ya desde Loyola estaba centrada en la persona de Jesucristo y en el seguimiento de Cristo, fue adquiriendo hondura con el paso de los años, hasta que recibe su último y definitivo sello en la gracia mística sublime que él recibió en la pequeña capilla de la Storta, junto a la calzada de Roma. Allí, a lo largo de la vía Cassia, en noviembre de 1537, Ignacio contempló al Padre celestial y a Jesús que llevaba la cruz, y oyó al Padre decir a Jesús: “Quiero que tomes a este hombre como criado”, y que Jesús se volvió a Ignacio y le dijo “quiero

que tu nos sirvas”. Diego Laínez, que era uno de los compañeros de Ignacio en ese caminar hacia Roma, y quien nos ha transmitido los detalles narrados, concluía su relato con las palabras, “Y por esto, sintiendo una gran devoción a este santísimo nombre, él [Ignacio] deseó nombrar a su congregación Compañía de Jesús”.

Es, en mi opinión, altamente significativo que en su propio relato - lo que llamamos su *Autobiografía*, - Ignacio no dio más detalles a Luis Gonçalves da Cámara de la gracia recibida en la Storta, , diciendo únicamente que “Dios le había puesto a él con su Hijo” (*Aut.* 96). Tan profundamente impreso en su corazón estaba este detalle, absolutamente integrador, que siete años después de haber tenido lugar este hecho, al tener Ignacio una experiencia profunda de Jesús, él mismo escribía en su *Diario Espiritual* (anotación del 23 de febrero de 1544): “Yo recordaba el tiempo cuando el Padre me puso con su Hijo”.

“Puesto con el Hijo”, pues, - asociación íntima con Jesucristo en su trabajo constante de redención a la mayor gloria de Dios Padre, - es la nota característica de todo y de cada cosa, el espíritu que late, por ejemplo, a lo largo de las Constituciones. Si quisiéramos declarar más ampliamente su proceso progresivo, esta panorámica de Ignacio, que hemos apuntado de forma abreviada anteriormente, veríamos que es el mismo espíritu el que actúa activamente a través del libro de los *Ejercicios Espirituales*, tal como se manifiesta en los pasos clave de la poderosa dinámica de los *Ejercicios*: El Principio y Fundamento, la Contemplación del Rey, la Meditación de las Dos Banderas, la reflexión conocida como Las tres Maneras de Humildad, y, como cima del proceso, la Contemplación para Alcanzar Amor. La única diferencia entre los *Ejercicios* y las Constituciones es que, en los *Ejercicios*, incorpora este espíritu para ayudar a la persona individualmente a “discernir la voluntad de Dios en la disposición de su vida para la salvación de su alma” (EE. 1), y a través de este medio llegar a “amar y servir a su Divina majestad en todas las cosas” (Ib. 233), mientras que las Constituciones encarnan ese mismo espíritu para “ayudar al cuerpo de la Compañía como un todo, y también a sus miembros individualmente, (pero, “como miembros de todo el cuerpo”), a lograr su preservación y desarrollo, para gloria divina, y para el bien de la Iglesia universal” (Const, 136; cfr: 812- y el título de la parte X).

Este espíritu que es fuente de vida, es por consiguiente el entramado básico y el análisis último, la llave en otras palabras, para interpretar el carisma Jesuita / Ignaciano.

*Cardoner*

Y es precisamente el carácter integrador y pleno de la “iluminación sublime” junto al río Cardoner, que fue siempre destacado, primero por el mismo Ignacio en su narración, después por sus compañeros que se referían a él, e incluso en los estudios de eruditos, como Leturia, Rahner, Calveras y Cantin,<sup>4</sup> lo que nos lleva a comprender cómo está esa “sublime iluminación” en el origen fundador y básico de los *Ejercicios* y de las *Constituciones*.

Por todo lo dicho no es difícil inferir que el “Principio y Fundamento” de los *Ejercicios* mana directamente de la experiencia del Cardoner: toda la

*[los EE y las Constituciones]  
con su espíritu de “libertad interior”  
o disponibilidad total,  
característico de la  
espiritualidad ignaciana y jesuita*

realidad procede de Dios y toda la realidad vuelve a Dios, toda la realidad se contempla y se entiende *solamente* en Dios: Por nuestra parte los medios eficaces para alcanzar a Dios en la realidad, y a través de toda la realidad, pasan por la “indiferencia” o libertad espiritual interior.

Para quien tenga algún conocimiento de la dinámica de los *Ejercicios*, este “Principio y Fundamento” no es solamente el primer paso en el desarrollo de los *Ejercicios*, sino que es todo el conjunto de los *Ejercicios* en miniatura. Porque esa manera inicial de libertad interior es la que va abriéndose camino progresivamente cada vez con más profundidad, siempre en la presencia activa de Dios, hasta que llega a asimilarse con experiencia interior, y constituye una actitud de vida estable en la “Contemplación para Alcanzar Amor”, que culmina los *Ejercicios* — nada menos y nada más que el ideal característico ignaciano de “amar y servir a su Divina majestad en todas las cosas” (*EE*. 233), o “encontrar a Dios en todas las cosas, amándole en todas sus criaturas y a todas sus criaturas en Él” (*Const.* 288).

Y si quisiéramos hacer un estudio en profundidad de la Parte X de las *Constituciones*, como ya lo ha hecho Mauricio Costa S.J.,<sup>5</sup> encontraríamos que esta Parte X, en su primeros párrafos ((*Const.* 812-814), nos presenta una maravillosa síntesis teológico-espiritual de la naturaleza y la gracia, de la trascendencia y la inmanencia, de lo divino y lo humano, que es luego desgranado de forma concreta en el resto de esa misma Parte X. Es más,

comprendemos que sus raíces se fundan en la experiencia plena integradora del Cardoner. Con toda razón la Parte X puede considerarse como el objetivo y la recapitulación de todo el cuerpo de las *Constituciones*.

El “Principio y Fundamento”, la “Contemplación para Alcanzar Amor”, “Encontrar a Dios en Todas las Cosas”, y la “Parte X de las *Constituciones*”- todas emanan fundamental y radicalmente de la “iluminación sublime” junto al río Cardoner. Es indudable, como se ha dicho antes, que todo el conjunto de los *Ejercicios* y de las *Constituciones* con su espíritu de “libertad interior” o disponibilidad total, que es el sello característico de la espiritualidad ignaciana y jesuita, tiene su origen e inspiración en la gracia fundacional del Cardoner. Como también es indudable que la misma “Storta”, y las elevaciones místicas del período romano de la vida y el trabajo de Ignacio, serán el desarrollo impresionante del “Cardoner”.

### *La Storta*

Con base en los ricos testimonios que ya poseemos - sean de Ignacio mismo, de Laínez, o muy especialmente de Nadal en muchas ocasiones - podemos dibujar la configuración y el significado de la gracia de La Storta.

a) *Configuración*: Dios Padre destina a Ignacio a seguir a Cristo, que lleva su Cruz a cuestas. En otras palabras: *El Padre entrega Ignacio a Cristo con la Cruz a cuestas, como su siervo y compañero* (este, de hecho, es el significado profundo de la escueta frase “Dios Padre pone a Ignacio con su Hijo”), y le dice: “Yo te seré propicio” - o “Yo estaré contigo, como repite con insistencia San Pedro Canisio, que probablemente se lo oyó a Pedro Fabro.

b) *Significado*: En Ignacio todos los jesuitas<sup>6</sup> han sido entregados por Dios Padre a Cristo con la Cruz a cuestas, como sus siervos y compañeros - todos los jesuitas han sido “puestos con el Hijo”. *Este Cristo con la Cruz a cuestas hoy en su Iglesia.*

Si fuéramos a describir en detalle esta plena gracia, trazo por trazo, por así decirlo, parece que el espíritu y la vocación jesuita podría definirse, en su sentido profundo, de la siguiente manera: **servicio** - servicio de **Cristo** - servicio de Cristo **con la Cruz a cuestas** - servicio de Cristo con la Cruz a cuestas **hoy en la Iglesia** - servicio (entrega completa) **con los compañeros** - (todo esto, como dijo Nadal en 1554) **para la gloria de Dios Padre y la salvación de las almas.**

Lo que llama notablemente la atención es que estas mismas frases aparecen una y otra vez en los escritos de Ignacio, como si estuvieran impresas en su espíritu. Y, ciertamente, cuando presentó la “Compañía” a la Santa Sede para su aprobación, en un “Resumen del Instituto de la Compañía de Jesús (*Prima Societatis Iesu Instituti Summa*), inició sus cinco capítulos (*quinqué capitula*) – que resultaron ser la sustancia de la ley fundamental de la Compañía, conocidos como la “Fórmula del Instituto”—empleando palabras que recuerdan expresiones ya mencionadas arriba, y que reproducen las características de la gracia de la Storta. Así es como se lee aquella primera frase, plena de sentido, en la redacción revisada de la “Fórmula del Instituto”, de 1550: “Todo el que quiera *militar para Dios bajo el estandarte en nuestra Compañía. Que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, y servir solamente al Señor y a su esposa la Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, (enumera el fin de la Compañía y la características de sus ministerios)... para gloria de Dios y el bien común*” (MI, pp. 375-376). No es difícil ver en estas frases los rasgos fundamentales, que han sido tan puestos de manifiesto: *Servicio de Cristo—bajo el estandarte de la Cruz—en la Iglesia hoy— (este servicio) en la Compañía—para gloria del Padre y para el bien común.*

Como es evidente el centro activo de todo esto es la **Persona de Jesucristo**. Ignacio, y con él todos los jesuitas, “están puestos con el Hijo”. Esta es, en un sentido muy real, la gracia mística en la vida de Ignacio, que es claramente la raíz y fundamento del carisma jesuita. De hecho, si me pidiesen definir el carisma jesuita en una frase concisa, yo usaría sin la menor duda las palabras “*Puestos con Cristo, el Hijo*”. Soy consciente, naturalmente, de que esta frase es solamente una manera—y quizás, como toda formulación de un carisma, inadecuada—de expresar el carisma jesuita, pero en mi opinión, es, si queremos comprender toda su variedad y riqueza, la que mejor expresa el sentido interior del espíritu y la vocación de la Compañía, como “Compañía de Jesús”.

Por ello, estoy personalmente convencido de que una “renovación adecuada” de nosotros los jesuitas, como jesuitas, debe buscar y asimilar una penetración corporativa por nuestra parte de los siguientes misterios centrales y realidades espirituales de nuestra fe: *la Persona de Jesucristo*, tal como está vivo y activo en la Iglesia y en el mundo de hoy, no meramente el Cristo histórico; *Servicio*: la Iglesia en el marco, pleno de sentido, del tema bíblico del “siervo del Señor”; *Iglesia*—el “misterio” (en el sentido Paulino) que es la Iglesia en toda su realidad encarnada; *Cruz* –

extremadamente significativa antes, ahora y siempre, para nuestra misión contemporánea de la “fe que crea la justicia en caridad y amor”; y *Compañía*, en el pleno contexto que le dieron nuestros primeros Padres fundadores—Ignacio y sus primeros compañeros.

### ***El Carisma Jesuita***

El ideal, el espíritu jesuita, toma su origen de las experiencias místicas de San Ignacio en el Cardoner y en la Storta. Fue participado y vivido en las experiencias en común de la Compañía, de Ignacio y sus primeros “amigos en el Señor”. Y es comunicado a todos los jesuitas a través de la experiencia profunda de la *Ejercicios Espirituales* y de las *Constituciones*.

“Puestos con Cristo, el Hijo”, los jesuitas están dedicados como “una compañía” al “honroso servicio” (*magis*) en la Iglesia, bajo el estandarte de la cruz, para gloria del Padre y el bien de sus hermanos y hermanas. Ellos trabajarán por este ideal apostólico, encontrando a Dios en todas las cosas, en verdadera libertad interior (*in actione contemplativa*), y buscando en común la voluntad de Dios, en espíritu de amor, bajo la guía de la autoridad legítima (*discreta caritas*).

Este carisma es característico de los jesuitas, no en el sentido de que no pertenezca en modo alguno a otros, pero, como sucede en las áreas de la realidad cristiana, en el sentido de que lo tienen *como cualidad propia íntima e intensamente* -por una gracia especial de Dios -en su grupo particular, reconocido por la Iglesia, aunque sea común a todos los cristianos.

El primer párrafo de la formulación anterior del carisma jesuita no necesita explicación, después de lo que ya se ha expuesto. El segundo párrafo, es la explicación de este carisma, que hemos dicho puede formularse en resumen en la frase “puestos con Cristo, el Hijo”. Los elementos enumerados son únicamente los que surgen, de forma impresionante, de la gracia fundadora del Cardoner y de la Storta. Únicamente el tercer párrafo final sobre las características del carisma, es el que pide alguna aclaración.

Como espíritu encarnado en el cuerpo, la persona humana tiende espontáneamente a distinguir *dividiendo cuantitativamente*. Pero en toda la gama de la realidad cristiana nosotros no distinguimos dividiendo cuantitativamente, sino que más bien *concentrando o intensificando cualitativamente*. Así, para aportar sólo dos ejemplos, Nuestra Señora, la Virgen María, no es un misterio separado del resto de la Iglesia o del pueblo

de Dios: ella es el verdadero misterio de la Iglesia o el pueblo de Dios *cualitativamente concentrado o intensificado* de una manera privilegiada en su persona. Así, también, el sacerdote ministro en la Iglesia no está separado del cuerpo de los cristianos seglares, que son todos “sacerdotes”, dentro del sacerdocio de Jesucristo; él es más bien la *intensificación cualitativa o concentración* del sacerdocio de Jesucristo de una forma peculiar cualitativamente propia, como “sacerdote ministro”

Se comprenderá, pues, que nuestra formulación del carisma jesuita expresa una *concentración cualitativa particular, o intensificación*, de un don especial de Dios, dado a un grupo de personas y reconocido por la Iglesia, y que por otra parte es común a todos los cristianos.

#### ***Encontrar a Dios en todas las cosas***

No encuentro manera más eficaz de presentar esta característica muy particular de la espiritualidad claramente apostólica de la Compañía que citar un texto magistral del P. Nadal en su *Comentario sobre el Examen General*: “Sabemos que Nuestro Padre Ignacio recibió del Señor la gracia singular de contemplar libremente a la Santísima Trinidad, y de recrear su alma en esta contemplación ... Esta contemplación de la Santísima Trinidad le fue dada con frecuencia, pero de una forma del todo singular, durante los últimos años de su peregrinación. Esta manera de oración fue concedida al Padre Ignacio como un privilegio muy especial, y también, además, esta gracia: que en todas las cosas, y en sus acciones y conversaciones, experimentaba y contemplaba la presencia de Dios, y tenía un vivo sentimiento de la realidad espiritual—*siendo contemplativo en su misma acción (en lo que hacía)* (“simul in actione contemplativus”). Su manera favorita de declararlo era :”*Hay que encontrar a Dios en todas las cosas*. Y esta gracia que iluminaba su alma nos era conocida por una especie de luz que se desprendía de su cara, y por la clara confianza con la cual trabajaba por Cristo. Todo ello nos llenaba de gran admiración, y nuestros corazones se sentían muy confortados, como si notásemos que de alguna forma algo de esa gracia venía a nosotros **Por eso creemos que este privilegio, que sabemos le fue concedido al Padre Ignacio, fue también concedido a toda la Compañía, y estamos convencidos que está ligado con nuestra misma vocación**”. (Annot. In Examen c. IV, Mon Nadal V, 162-163)

En este contexto, nosotros, jesuitas activos apóstoles, nos gozamos porque con esta nuestra típica espiritualidad, tenemos un mensaje a los hombres y mujeres contemporáneos, que desean vivir integrados, que insisten en que ellos no tienen necesidad de escapar de sus tareas ordinarias, de los contactos humanos o de sus responsabilidades seculares, en orden a encontrar a Dios, o santificarse a si mismos. Más bien es ahí, en el mismo centro de esas tareas y responsabilidades, donde desean encontrar al Dios vivo, y dialogar personalmente con Él.

Pero nosotros jesuitas, apóstoles activos, somos conscientes, con pena, de que a pesar de toda nuestra espiritualidad activa, — nuestra enseñanza y la teoría sobre la unidad *objetiva* de la oración y la acción, de la fe y la vida, - el problema y la tensión persisten en nuestra propia experiencia *subjetiva*, en primer lugar, y, en segundo lugar, en la experiencia de los apóstoles activos en todo el mundo, que se sienten literalmente violentamente divididos por la necesidad y sed de oración por una parte, y la llamada urgente a la acción apostólica por otra parte.

El problema no está ciertamente en el plano *objetivo*: todo el mundo está de acuerdo en la convergencia *objetiva* de la fe y la vida, de la oración y de la acción apostólica. Las dos partes están del todo sintonizadas, de acuerdo con su contenido teológico y espiritual. Pero donde difieren profundamente es en la modalidad psicológica de su experiencia *subjetiva* — es decir en la manera cómo *experimentamos* nuestro ejercicio de la oración por una parte, y la manera cómo *experimentamos* nuestro ejercicio de la acción, por otra. Aquí es donde las fuerzas nos empujan hacia direcciones opuestas, y nos desgarran.

Si, pues, el problema no está en el plano *objetivo*, ninguna solución en el plano meramente objetivo lo solucionará, porque el problema está en el plano de *la experiencia subjetiva*. La solución tiene que buscarse en el área de la experiencia subjetiva. En otras palabras no servirá proceder así: en la oración, obtienes un rico capital, después sales y lo gastas en la acción, te ves entonces con las manos vacías, y corres de nuevo a la oración para reponer el capital. Diríamos que se trata de ¡Una especie de gasolinera de espiritualidad!. Todos conocemos los letreros que anuncian las gasolineras, (ponga un tigre en su depósito). Es fácil ver que esta solución, ir de la oración a la acción, y volver de nuevo una y otra vez, mantiene separadas la oración y la acción, divorciadas entre si. No se logra la integración.

Debemos por consiguiente buscar una solución para el problema en el *estado subjetivo del alma* de la persona que ora y lleva vida activa.

Para el problema que está surgiendo continuamente en el área de la *naturaleza subjetiva*, de la tensión entre oración y acción apostólica, entre la fe y la vida. Esto es lo que Ignacio aprendió en la escuela de su propia experiencia, en la cual Dios fue su maestro, “tratándolo como un maestro trata a un niño cuando le enseña”(Aut. 27). En los designios de su providencia, que todo lo conoce, Dios iba a guiar a este hombre, Ignacio, para encontrar un nuevo tipo de vida religiosa dentro de la Iglesia - una vida religiosa apostólica completa y del todo activa. Y es a este Ignacio, pues, a quien Dios enseñó, a quien tenemos que acudir para encontrar una

la misma perfección espiritual,  
*la que permite al mismo  
tiempo la oración y la acción,  
que une con Dios y santifica*

respuesta genuina a lo que se ha llamado “el problema radical de la vocación activa apostólica” - el problema de “vivir la unidad y la integración”.

Y no teóricamente, sino en la escuela de su propia experiencia, guiado por Dios, es donde Ignacio aprendió que es *la misma perfección espiritual*, la

que permite al mismo tiempo la oración y la acción, que une con Dios y santifica. En otras palabras, lo que Ignacio aprendió, en el crisol de la experiencia, fue que la integración o solución de la tensión está no en el ejercicio de la oración como tal, ni en el ejercicio de la acción como tal, sino en *lo que es típico de la perfección espiritual cristiana*, en la base tanto de la oración como de la acción. Para expresarlo de otra forma ¿Qué es lo que hace que la oración sea verdadera oración y la acción verdadera acción - y esto, visto como *un proceso subjetivo experimental de crecimiento y madurez espiritual* - es decir una pedagogía formativa personal? La respuesta es precisamente: todo el libro de las *Ejercicios* de San Ignacio - su dinámica interna, como decimos ahora -porque es Ignacio mismo quien nos dice que al escribir los Ejercicios “puso por escrito (su propia experiencia personal) para ayudar a otros “ (Aut. 99).

La imagen de una vida espiritual creciente y madura, que Ignacio fomenta en sus Ejercicios, no es la de una persona, que con esfuerzos pelagianos, o al menos semipelagianos, quiere ir a Dios. Y en realidad, como la revelación bíblica manifiesta clara y repetidamente, es Dios el que viene a nosotros, quien sin cesar se acerca a nosotros en otras personas, acontecimientos y circunstancias de tiempo, lugar y acción. Este Dios de

amor, que está siempre entrando en nuestras vidas, es el que Ignacio magistralmente retrata en su final *Contemplación para Alcanzar Amor*: el Dios que está viniendo siempre con sus dones de amor; que está además presente en estos mismos dones de amor; que trabaja en esos dones de amor; más aún, que se da a si mismo, en ellos. No es Dios quien se queda corto, somos nosotros, los seres humanos, los que no estamos preparados, o libres, o como le gustaba decir a Ignacio “dispuestos”, para ese Dios, que está siempre viniendo a nuestras vidas, porque estamos esclavizados interiormente por nuestras preferencias o no-preferencias, nuestros gustos o repugnancias, nuestros prejuicios e inhibiciones, nuestro amor propio, nuestra voluntariedad, nuestros propios intereses. Y así, la imagen ignaciana de una vida espiritual, creciente y madura, es la de la persona que, bajo la acción de Dios, (que siempre está viniendo a nosotros, — porque la iniciativa primaria pertenece a Dios), - debe permitir activamente que Dios la *libere progresivamente de todas las barreras* que bloquean la entrada del amor expansivo, de la vida y poder de Dios, en orden a llegar a ser cada vez más *libres para Dios*, más y más dóciles y dispuestos para la acción de Dios.

Según esto, el crecimiento hacia la perfección espiritual cristiana y hacia su unidad es *el proceso experimental subjetivo de crecimiento de la libertad interior*— en ambas dimensiones de crecimiento de “libertad desde” y de progreso de “libertad hacia”. Este es sin duda el mismo proceso que Ignacio tan diligentemente inculca en sus *Ejercicios Espirituales*, y es precisamente el desarrollo permanente que constituye la verdadera dinámica interior de estos *Ejercicios*. El punto de partida es la actitud interior de la total disposición del ejercitante hacia Dios, desde el momento existencial que está viviendo - “Entrar en ellos (*Ejercicios*) con grande ánimo y liberalidad con su Creador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad” (EE 5) - que es precisamente el *Principio y Fundamento de los Ejercicios*. Trabajando desde esta actitud inicial de “libertad desde” y “libertad hacia”, Ignacio lleva al ejercitante, a través de un proceso pedagógico de profundización de la libertad interior. Mediante el compromiso del ejercitante con una experiencia profunda y prolongada de oración sobre el proceso normativo objetivo de la historia de la salvación, él somete la persona del ejercitante a la acción liberadora de Dios. Primero en el plano obvio del pecado, imperfecciones y desorden (*Primera Semana*), después, más profundamente, a nivel de los valores del ejercitante, al sistema y criterios de vida (*Segunda Semana*, contemplación

de los misterios de Cristo, en los cuales los criterios, niveles, y valores, de Cristo constituyen un reto frente a los del ejercitante, que debe sustituir los suyos por los de Cristo). Sin duda esta sumisión activa del ejercitante a la acción liberadora de Dios llega hasta lo más profundo de su ser, hasta los niveles de seguridad de su vida, tan celosamente guardados y protegidos por el ejercitante. (Las meditaciones de las Dos Banderas, y de los Tres Binarios de Personas y la consideración de las Tres Maneras de Humildad)

El ejercitante, liberado así existencialmente, a niveles profundos y recónditos, es ahora libre para Dios, libre para buscar y hallar la voluntad de Dios en la disposición de su vida para la salvación de su alma (EE 1). Por consiguiente, lo que Ignacio llama “elección”, o toma de decisión, - es en el fondo, hacerse consciente, con libertad profundamente aceptada, del plan personal de Dios, del designio de su voluntad, respecto al ejercitante, para que él pueda, a través de un proceso de confirmación, llevado a cabo en las Semanas Tercera y Cuarta de los Ejercicios, aceptar íntimamente vivir, según esa voluntad de Dios, fiel y generosamente. En esta perspectiva, la frase categórica, escondida en un rincón del libro de los Ejercicios, al final del documento sobre la elección, se convierte en **la llave** de *toda la dinámica de los Ejercicios* : “Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto más saliere de su propio amor, querer y interese” (EE 189). En otras palabras, un proceso y dinámica de libertad creciente, profundamente enraizada.

Consiguientemente, este, y solamente este, es el camino por el cual Ignacio prepara al ejercitante para esa final “Contemplación para Alcanzar Amor”, que no es solamente un ejercicio más, - el último - del libro de los Ejercicios, sino una nueva manera de orar, - para que, como dice Ignacio, “pueda en todo amar y servir a su divina majestad” (EE. 233), - para encontrar a Dios en todas las cosas, amándole en todas las criaturas y a todas las criaturas en Él, que es la oración de la vida ordinaria, o mejor aún, *ser contemplativo en la misma acción propia*.

Ignacio pues, podemos decir que no tiene interés particular en el ejercicio de la oración por sí misma, o, completando el tema, tampoco en el ejercicio de la acción por sí misma. Pero más allá de ambas él sí está interesado, y mucho, en que el apóstol esté *libre interiormente, y esté orando o en acción*, porque es esta *experiencia subjetiva de libertad interior* la que hace que la oración sea auténtica y la acción también auténtica, en cuanto une de forma real con Dios. En otras palabras, Ignacio está muy interesado en la *unión del apóstol con Dios* en todos los momentos - muy

interesado en que el apóstol sea “instrumento de la mano divina”, como le gustaba decir, un instrumento tan unido con Dios que “se rija bien de su divina mano” (*Const.* 813).

No es de extrañar que toda la pedagogía ignaciana del provecho espiritual, tal como se describe tanto en los *Ejercicios Espirituales* como en las *Constituciones Jesuitas*, tienda a preparar el instrumento apostólico, a través de un proceso de más y más renuncia de si mismo, que lo capacitará no sólo para ser receptáculo de la vida y amor divinos, sino también para ser canal y portador de esa vida y ese amor a los demás hombres—instrumento verdaderamente adaptable y dócil en las manos del Maestro Operador.

*es esta experiencia subjetiva de libertad interior la que hace que la oración sea auténtica y la acción también auténtica, en cuanto une de forma real con Dios*

### ***Persona y Comunidad: Dialéctica Ignaciana***

Es bien conocido que Ignacio, en las *Constituciones*, destaca claramente el cuerpo de la Compañía como un todo en si y en su misión corporativa. Cuando se refiere a los miembros individualmente, siempre es en función de su integración progresiva, en camino o ya completada, en el cuerpo de la Compañía.

Lo que es realmente notable, sin embargo, es que, al mismo tiempo que las *Constituciones* claramente ponen el acento en el cuerpo universal de la Compañía, dedican también una atención cuidadosa y constante a las personas individuales, a las circunstancias personales, y a las condiciones personales. Es más, para cualquier estudioso de las *Constituciones*, es patente que mientras que Ignacio generalmente establece principios generales, en una manera estrictamente preceptiva (*constitución*), él mismo inmediatamente dedica su atención, en “declaraciones” anexas, a su preocupación diligente y cuidadosa por las personas en particular, por sus particulares condiciones y circunstancias, en la aplicación concreta de esa misma “constitución”.

La destacada atención de Ignacio a las personas individuales, dentro y en función de todo el cuerpo de la Compañía, encuentra una de sus expresiones más elocuentes en la “*cura personalis*” que es tan característica de su estilo de gobierno. La tradición jesuita ha querido llamarla “gobierno espiritual”, y está caracterizada por su cualidad de “amor discernido” (*discreta caritas*), que pondrá su atención siempre en *el mayor bien personal* del jesuita individual, integrado en el *mayor bien del cuerpo de la Compañía*, a la mayor gloria de Dios.

El testigo más claro, sin embargo, de esta atención viva de Ignacio a la “*cura personalis*” dentro del cuerpo de la Compañía, es el lugar central y esencial que le ha dado a la “cuenta de conciencia”, en el modo de vida peculiar de la Compañía - *el modo nuestro de proceder*.

Esta dialéctica interna de “persona” y “comunidad”, tan característica de las *Constituciones* tiene una amplia significación. Está en el mismo centro de la espiritualidad ignaciana y jesuita, y acentúa la relación complementaria esencial entre “persona” y “comunidad”, que es tan necesaria para entender el marco contemporáneo, y ayuda a ofrecer, en “amor discerniente”, los correctivos necesarios a las expresiones exageradas en la sociedad actual - sobre todo en la práctica - en relación con ambos términos “persona” y “comunidad”.

Por la atención principal que las *Constituciones* prestan al cuerpo de la Compañía y a su misión corporativa, sacamos la consecuencia de que la espiritualidad jesuita es esencialmente comunitaria. Por eso precisamente, es sobre todo personalista. Los *Ejercicios Espirituales*, por otra parte, son profundamente personalistas, dirigidos como están a la “persona” del ejercitante individual. No es una sorpresa pues que la espiritualidad ignaciana de estos *Ejercicios*, al ir haciendo al ejercitante más abierto a Dios y a otras personas, a través de una dinámica progresiva de libertad interior creciente, sea marcadamente comunitaria. No por casualidad, o accidentalmente, preparó Ignacio a sus primeros “amigos en el Señor” para la vida de “*compañerismo*” en la *Compañía* de Jesús, a través de la experiencia crucial de los *Ejercicios Espirituales*.

Y ciertamente no hay división entre “persona” y “comunidad”: no se excluyen mutuamente, sino que son realidades íntimamente correlativas. Una “persona”, como nos deja bien claro la psicología moderna, connota necesariamente una libertad que está abierta a otros, no un ser cerrado en sí mismo; sino alguien que crece, se desarrolla, y madura, precisamente por las interrelaciones personales que establece. Esto es lo que deja bien

patente el libro bien conocido de Carl Rogers, “Ser Una Persona”, con base psicológica, incluso experimental. Y es precisamente, en su nivel más profundo, cómo nuestra contemplación de la Trinidad nos revela, el verdadero significado de “persona” y de “comunidad”. Naturalmente nuestro uso de esos términos, cuando los aplicamos a Dios, es, como decimos en filosofía, *análogo*, en relación con los mismos términos aplicados a nosotros. Pero, de manera semejante, las raíces de nuestro uso de estos términos, están en el misterio de la vida e intimidad trinitaria. El Padre es “Padre” en cuanto genera al Hijo; el Hijo es “Hijo” en cuanto procede del Padre, y está eternamente “vuelto hacia el Padre” (*pros ton theon*), como San Juan dice en el prólogo de su Evangelio (Jn. 1,1); y en el caso del Espíritu santo, Él es en su misma persona la relación mútua de amor entre el Padre y el Hijo - de tal forma, que en este caso admirable, la “persona” está en si constituida por una “relación”. Con lo que El *Diario Espiritual* de Ignacio nos dice de sus experiencias místicas — de la Trinidad como Trinidad, y también de las Personas en su distinción — podemos deducir que la dialéctica íntima de “persona-comunidad”, tan evidente en la enseñanza y pedagogía ignaciana, no es una especie de conclusión teológica a la que él llega, sino una comunicación de sus experiencias inefables personales de la intimidad trinitaria.

Tan íntimamente entrelazadas están “persona” y “comunidad”, que una “persona es más profundamente “persona” cuanto más vive dentro de la “comunidad”, y una “comunidad” no es genuinamente “comunidad”, a menos que esté constituida de personas vivas, que hacen suyas, cada una de ellas, responsablemente las tareas y objetivos de la comunidad.

### ***Amor, Amor Discerniente***

“Amor” en el sentido profundo ignaciano no tiene meramente una connotación “sentimental” o “emocional”. Es auténtico y genuino solamente en el sentido cristiano más completo. Esto es evidente tanto en San Pablo como en San Juan. San Pablo, cuando habla del deseo inquieto de carismas, entre los cristianos de la comunidad de Corinto, no solamente pone el “amor” como el sello característico del auténtico carisma (Cfr. I Cor, 13: 1-3) — ya en su tiempo conocía muy bien, como nosotros lo sabemos quizá mejor hoy, que “amor” es una de las palabras más fáciles de usar — sino que

continúa enumerando un serie de cualidades (no menos de 16), que ofrecen la garantía de lo que es “amor” genuino y auténtico, y de lo que no lo es. (Cfr. I Cor, 13:4-8a). De hecho si consideramos estas cualidades paulinas del verdadero amor, no son realmente 16 en número, porque son todas la expresión de *una sola cualidad* (“el amor no busca su propio interés”— es decir sale de si mismo, para darse a si mismo). Pablo realmente, no inventa, o “saca de su cabeza”, estas varias cualidades al ir las describiendo; las reconoce en su contemplación del amor de Dios y de Jesús, y en la manera de ser, de ese amor. Esta *única cualidad* del “amor auténtico” Pablo la expresa en un verbo favorito del amor **“se entrega a si mismo”** (Paradidomi— Eph. 5:2, “Cristo nos amó y se *entregó a si mismo* por nosotros; Eph. 5:25, “Cristo amó da tal modo a su esposa — la Iglesia — que se entregó por ella; Gal. 2: 20, “Vivo yo, pero ya no vivo yo, Cristo vive en mi. La vida que yo vivo la vivo por la fe en el Hijo de Dios, que me amó y *se entregó por mi*”)

San Juan también, (que ya en su Evangelio proclama: “Dios amo de tal modo al mundo que entregó a su Hijo”), nos ha dejado en su Primera Carta un testimonio del verdadero amor: “Hemos conocido lo que es el amor en aquel que *dio la vida por nosotros*. Pues también nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (1 Jn 3:16). Y con más insistencia en el capítulo 4 de esta misma Carta “Dios es amor... en esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo ... para que vivamos gracias a Él— envió a su Hijo para expiar nuestros pecados... Si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1 Jn, 4: 8-11). En otras palabras, para San Juan también la piedra de toque del amor genuino es el modo cómo Dios ama: amor que *“se da a si mismo”*—salvador, redentor y dador de vida.

Se comprende, pues, porqué gusto llamar a este amor “auténtico”— a saber, *la entrega de si mismo*— el criterio cristiano del discernimiento. Y lo hago porque es el mismo Jesucristo quien nos dio este como el *único* criterio para ser “verdaderos cristianos”, verdaderos discípulos y seguidores de Jesucristo: “Si alguno quiere seguirme, que se renuncie a si mismo, tome su cruz — Lucas añade “cada día”— (Lk 9:23) — y me siga” (Mt. 16:24). Con esto Jesús no formula un triple criterio para ser su verdadero discípulo. Nosotros decimos, casi instintivamente, que la cruz es el sello distintivo del cristiano. Y Jesús dice que si no tomamos nuestra cruz (cada día) no somos sus verdaderos discípulos. La “Cruz”, advirtamos con todo cuidado, no es meramente el sufrimiento físico, que es solo un aspecto de la “cruz”. La “cruz es *siempre y sin fallo* “darse o entregarse a si mismo por amor”.

Pero es la propia pedagogía de Ignacio, de “profundizar en la libertad interior”, en la dinámica de sus *Ejercicios*, lo que lleva al ejercitante, a través de pasos existenciales cada vez más seguros, como hemos visto, hasta la cima de la “Contemplación para Alcanzar Amor”, que no es otra cosa que una actitud de “libertad interior” experimentada, interiormente asimilada, y realizada como una disposición estable de la vida, o lo que es equivalente, en otra expresión, “amar y servir a su Divina majestad en todas las cosas”, amándole en todas sus criaturas, y a todas las criaturas en Él. Si, pues, nuestra “libertad interior”, como ya la hemos definido, es “liberación de” todas formas de egoísmo, para ser “libres para” Dios, y, en Dios, para los demás, ¿no es esto exacta y precisamente la “*entrega de si mismo por amor*”, que es el único criterio cristiano para discernirlo?

Es de nuevo, a la luz de esta “libertad interior”, como podemos entender el criterio ofrecido repetidamente por Ignacio en las *Constituciones*, y en muchas de su *Cartas*, para tomar decisiones para todo el cuerpo de la Compañía, y para jesuitas individualmente, no solamente “amor”, sino “amor discernido” (*discreta caritas*). La mejor manera para interpretar la mente de Ignacio en su *discreta caritas* es diciendo que es el empuje interior del espíritu de amor (*caritas*), que como tal es ilimitado, y que al mismo tiempo este impulso de amor está encarnado por medio del verdadero discernimiento, en las condiciones concretas de personas, lugares y tiempos (*discreta*).

No es extraño, por tanto, que en la cima de la “Contemplación para Alcanzar amor”, donde Ignacio explica que ese amor consiste en “la mutua comunicación de bienes” (*diríamos en la mutua entrega de si mismos*), él pida al ejercitante, que ha contemplado el amor de Dios en sus dones, y después ha “ponderado con mucho afecto” cuánto le ha dado Dios (*se ha entregado a él*), que responda con *una total entrega de si mismo a Dios*: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me lo disteis, a vos Señor lo torno, todo es vuestro, disponed de ello según vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta” (EE 234) ¡Qué hermosa manera de expresar la participación mutua de si mismo por amor!

No puedo terminar mi “Intento de Síntesis Personal” sin advertir naturalmente que nuestro carisma jesuita / ignaciano, y la espiritualidad que en él se basa, tienen una particular importancia para algunos de los agudos problemas contemporáneos. Estos problemas se formulan frecuentemente en términos de conflictos y choques, que expresan la tensión

esencial que existe en la base del cristianismo y de la ética cristiana: Fe y justicia, Continuidad y Cambio, Escatología y Encarnación, Oración y Acción, Libertad y Ley, Carisma e Institución, Persona y Comunidad, Gracia y Naturaleza, Trascendencia e Inmanencia.

Lo que yo manifiesto en este “Intento de Síntesis Personal” es cómo la espiritualidad jesuita / ignaciana se enfrenta hoy con esos problemas contemporáneos, y ofrece en la experiencia vivida de Ignacio, y en sus enseñanzas una síntesis teológico-espiritual que integra esos polos de tensión. Merece la pena acentuar, como espero haberlo hecho, que la resolución e integración de esos polos de tensión, no han sido logradas por una teoría objetiva teológica, desde fuera por así decirlo, sino por una pedagogía de experiencia subjetiva interna — la experiencia de crecer y profundizar en la “libertad interna,”— que es la pedagogía, a través de la cual el Pedagogo Divino enseñó y formó a Ignacio con su experiencia personal (*Aut.* 27). Él después, con diligencia y fuerte convicción, la comunicó en sus *Ejercicios Espirituales* para “ayudar a otros” (*Aut.* 99), y especialmente para el cuerpo de la Compañía, en sus *Constituciones*, porque, como escriben los mejores peritos ignacianos, **los Ejercicios Espirituales son el “alma” de las Constituciones.**

Equilibrio e integración logrados a través de una pedagogía de experiencia subjetiva interna, la experiencia en profundidad de la “libertad interior” — podríamos decir ahora “una pedagogía de amor”, “pedagogía de amor discerniente”. En un análisis final el equilibrio y la integración del corazón de la espiritualidad jesuita / ignaciana, hay que buscarlos en la *misma persona de Jesucristo*, en quien solamente, — o más bien en *la experiencia de quien solamente* — están integrados los polos familiares de la tensión, a los que nos hemos referido antes, y que pertenecen al centro del misterio cristiano: lo divino y lo humano, la trascendencia y la inmanencia, la gracia y la naturaleza, la escatología y la encarnación. Porque si el carisma jesuita, como hemos dicho antes, se puede legítima y sucintamente expresar en palabras (aunque sea inadecuadas), como “Puestos con Cristo, el Hijo”, entonces es la **experiencia jesuita de la Persona de Jesús** la que fundamenta del todo el conocido equilibrio de la espiritualidad jesuita / ignaciana. Es, en una palabra, el equilibrio de estar— usando una expresión paulina - “**en Cristo Jesús**”.

## CONCLUSIÓN

### *El Corazón de Pedro Arrupe, el Corazón de Ignacio de Loyola, el Corazón de Jesucristo*

“Corazón”, en sentido bíblico, es el centro de la personalidad humana, donde el ser humano es profundamente más suyo, donde se basa la unidad del ser. Donde el ser humano es capaz de darse a si mismo, o no darse a si mismo, donde se toman las decisiones vitales. Esto se aplica igualmente al Sagrado Corazón de Jesús como al Inmaculado Corazón de María, como a todo corazón humano, - en nuestro caso al “corazón” de Ignacio de Loyola, o al “corazón” de Pedro Arrupe.

Desde los años de mi estrecha asociación con el P. Arrupe en la Curia jesuita he tenido la sensación de que el “corazón” de Pedro Arrupe estaba muy relacionado con el “corazón” de Ignacio de Loyola, y esto, en fin de cuentas, porque ambos están íntimamente unidos, modelados, y ciertamente transformados, (cada vez más con más intensidad), en el “Corazón” de Jesucristo. Cuanto más leo los escritos del P. Arrupe, y cuanto más pienso y reflexiono en los escritos y enseñanzas del Padre Maestro Ignacio, me confirmo más y más en esta sensación, hasta el punto de llegar a ser una convicción arraigada y fundada. Porque está del todo fundado en mi propia experiencia personal del año 1965.<sup>7</sup> De todo esto quisiera tratar, aunque sea brevemente, para exponerlo detenidamente en esta “Conclusión” mía.

Con ocasión de sus bodas de oro en la Compañía de Jesús, el P. Arrupe, en la homilía durante la Eucaristía, el 15 de enero de 1977, habló de su propia historia personal, mientras se refería a la historia personal de sus notables maestros y acompañantes espirituales. Esto es lo que dijo: “Cuando oigo, (o leo por mi parte), relatos de historias personales, me doy cuenta de que hay en todos ellos algo que no se formula explícitamente, porque no puede decirse con palabras: es un secreto personal, que ni siquiera el protagonista puede comprender del todo. Este área latente, o casi latente, es, para nosotros desde fuera, un área de verdadero y real interés, porque es la parte más íntima, más profunda, más personal. Es la relación íntima y estrecha entre Dios, que es amor, y ama a cada persona de una forma única y diferente, y la persona que, que en lo más profundo de su ser, responde de una manera también única, — única, porque no habrá otra respuesta

idéntica en toda la historia humana. Es el secreto del amor trinitario admirable, que cuando así lo quiere, rompe las barreras e irrumpe en la vida de cada persona, de una forma inesperada, inefable, irresistible, racionalmente inexplicable, y sin embargo maravillosamente decisiva”.<sup>8</sup>

En esto no puedo por menos de reconocer exactamente lo que denomino “La Vocación Personal” Y en el libro citado allí, las pp. 30-32, (Cfr. También las pp. 13-14) ¿Qué es, pues, este “amor trinitario maravilloso”, en el caso del P. Arrupe, este “secreto personal, muy íntimo, muy profundo, muy personal”, donde el P. Arrupe “en lo más íntimo de su ser, da una respuesta que es única?

En sus primeros Ejercicios anuales, de ocho días (del 2 al 12 de agosto de 1965), después de haber sido elegido General de la Compañía de Jesús, (el 20 de mayo de 1965), el P. Arrupe escribió, en sus reflexiones y notas sobre su experiencia de oración, el día 6 de agosto de 1965: “ De aquí que, si siempre, ahora sobre todo es cuando mi *voto de perfección* adquiere una especial importancia y sentido. Ahora es cuando tengo que observarlo con toda diligencia, porque en este cuidado de observarlo estará el estar presto *a escuchar*, a percibir, y a ser el instrumento de Dios, es decir a *cumplir en todo su voluntad*. *Él es quien lidera y dirige*, a mi me toca sólo escuchar, *Él quien inspira*, yo sólo debo cumplir lo que Él me inspira, *Él quien corrige*, y yo tengo que enmendar y reformar a mi, o a los otros, de una forma visible (“executio”). Este es un motivo más para fomentar en mi mismo la *devoción al Sagrado Corazón de Cristo*, viendo que es la fuente de gracias extraordinarias para mi propia santificación. Estas gracias son ahora, más que nunca, necesarias para mi, porque además de serme *personalmente indispensables*, contribuyen al bien de toda la Compañía y de las personas en contacto con ella. Los dos puntos siguientes son esenciales: (i) pureza del alma hasta el punto de ir a lo más perfecto, (ii) amor al Corazón de Jesús, viviendo la reparación. Para mi, *por mi manera* de vivir la vida espiritual, es el *amor de Cristo animado por la reparación* la condición indispensable para la pureza de alma - ¿Dónde no puede este poder omnipotente de Dios llevarme a mí, si yo solo soy *perfectamente dócil* a su impulso divino? ¿Cuántas gracias para el cuerpo de la Compañía si yo sólo soy *perfectamente dócil* al Señor!... Yo soy la caña (vacía) a través de la cual debe pasar el mayor número posible de gracias para la Compañía, y para cada uno de sus miembros y sus Obras”.<sup>9</sup>

En este texto, más bien compacto y denso, yo siento profundamente que la “vocación personal” del P. Arrupe (recordemos que la “vocación” es

una llamada que viene de Dios), tiene que ver muy estrechamente con *Dios liderando y dirigiendo* su vida, y con la respuesta fiel de Arrupe (respuesta, que dice él, es *única*) que es serle “*perfectamente dócil*”, es decir del todo dispuesto a ir por donde Dios guía, lleva, inspira, y dirige su vida.

Cuando habla de su “*voto de perfección*”, y lo relaciona claramente con su “secreto personal”, nos está dejando atisbar el dinamismo de su propia íntima vida espiritual: su respuesta cada vez más pronta y profunda, que es estar más y más perfectamente a disposición de **su** Dios en Jesucristo.

Ya en esa homilía, con ocasión de la celebración de sus cincuenta años de jesuita, me ofrece una primera confirmación de los que yo intuyo como llamada personal de Dios a él, y de su respuesta única a esa llamada. “No puedo por menos de reconocer que la piedra milenaria decisiva en mi vida, el punto de no-retorno en el camino de mi vida, ha sido siempre algo inesperado, racionalmente inexplicable. Y sin embargo en él he podido siempre reconocer, más tarde o más temprano, la mano de Dios, que produjo en mi vida un cambio audaz y radical de orientación”. Después de escuchar esa llamada, “cambio audaz y radical de orientación”, el Padre Arrupe confiesa que “ese cambio radical, tan inesperado y brusco, tenía claramente el sello de Dios, de tal manera que lo he considerado y todavía lo considero como una de esas intervenciones repentinas, con las cuales la providencia amorosa de Dios se complace en manifestar su presencia y su absoluto dominio sobre nosotros”<sup>10</sup>

*Yo soy la caña (vacía) a través de la cual debe pasar el mayor número posible de gracias para la Compañía, y para cada uno de sus miembros y sus Obras*

Pero fue el 13 de septiembre de 1983, en lo que resultó ser su mensaje de despedida, después de la elección del P. Peter-Hans Kolvenbach, S.J., como sucesor suyo, cuando comencé a discernir el último sello que confirmaba lo que yo había sentido cada vez con más claridad: la llamada única y la respuesta del P. Arrupe. Aunque las palabras exactas, en las que se expresaba y se nos presentaba este “autorretrato escrito”, no eran suyas, su contenido y su inspiración procedían de él y fueron fielmente reproducidos. Todos nosotros recordamos vivamente la emocionante escena. Como hermanos del P. Arrupe, que estábamos reunidos en la sala

de la Congregación, cuando fue llevado en silla de ruedas, y nos miraba de frente, para comunicarnos a nosotros, - y ciertamente a toda la Compañía de Jesús - su última confesión y su último testamento - me gusta llamarlo su última “revelación propia”. Nos fue leída por el P. Ignacio Iglesias S.J., en nombre del P. Arrupe, que ya para entonces estaba privado de la capacidad de hablar, y que permanecería así hasta el fin de su vida en 1991.

“Me siento y experimento yo mismo que estoy, más que nunca, en las manos de Dios. Esto es lo que he deseado y buscado toda mi vida, desde mi juventud. Esta también es la única cosa que deseo continuar ahora deseando - con esta diferencia, sin embargo: hoy sólo el Señor tiene la iniciativa, toda la iniciativa. Y os aseguro que este estar y experimentar a mi mismo, del todo, que estoy en las manos de Dios es una experiencia íntima y profunda. Mi mensaje a vosotros hoy es que estéis a disposición del Señor. Que Dios esté siempre en el centro, que nosotros busquemos constantemente lo que sea para su mayor servicio, y que lo hagamos de la mejor manera posible, con amor, desprendidos de todo lo demás. Tengamos un “sentido” profundamente personal de Dios. (*Acta Romana* XVIII, 1980-1981, pp.986-988).

En esta guía personal de Dios, que lidera y dirige toda la historia personal y la vida del P. Arrupe, y en la profunda y progresiva apertura y disponibilidad con su Dios, es donde yo percibo y discierno el “Corazón” de Pedro Arrupe — en su íntimo centro **una profunda experiencia de Dios como Dios**.

Exactamente aquí es donde yo discierno el lazo íntimo entre el “Corazón de nuestro Padre Maestro Ignacio” y el “Corazón de Pedro Arrupe”. Porque es en su experiencia personal de *Dios como Dios* donde Ignacio, después de haber tenido herida su pierna por una bala de cañón, conoció, en su conversión en Loyola, **su** secreto profundamente personal. Sus únicos sueños eran de honores mundanos y de gloria mundana, de los hechos heroicos que llevaría a cabo por su rey y su dama (*Aut. 1, 4-6*) Entonces oyó en su “corazón” la insistente llamada de Dios: “tu sueñas siempre de *tu* mayor gloria; ¿conoces el *sentido* que yo he dado a tu vida? No *tu* mayor gloria, sino siempre *mi* mayor gloria”. Yo no tengo, por mi parte, la menor duda de que la “vocación personal del Maestro Ignacio, está en el área de la “mayor gloria, el mayor servicio y alabanza, de Dios”. Y que su respuesta del *magis* fue su apertura y disponibilidad a esta llamada personal.

Aquí también descubro en toda su hondura el lazo íntimamente estrecho entre el “Corazón de Ignacio”, y el “Corazón de Pedro Arrupe”,

por un lado, y “el Corazón de Jesucristo” por otro lado. Porque el “secreto personal” más profundo del Hombre-Dios Jesucristo, que vivifica toda su vida y misión, está relacionado con la palabra del Padre a Jesucristo, que se dirige a lo íntimo de Jesucristo: “Tu eres mi Hijo Amado, en quien tengo puestas mis complacencias”, y con su única respuesta personal que queda resumida en su frecuente uso de la palabra “Abba”. De ello no nos cabe la menor duda; los Evangelios lo prueban continuamente, especialmente de manera llamativa el Evangelio de San Juan. No podemos nosotros expresar este “secreto personal” del Hombre – Dios, Jesucristo, ni siquiera de forma inadecuada, en términos humanos, por su profunda experiencia personal de *Dios ( Su Padre, como Dios* , y por su respuesta repetida desde lo profundo de su corazón, el “Abba”, signo de apertura y disponibilidad, que no puede proceder más que del “Corazón de Jesucristo”.

Así pues el “Corazón de Pedro Arrupe”, el “Corazón de Ignacio de Loyola”, y el “Corazón de Jesucristo”, están íntimamente unidos, cada uno con su experiencia personal única, de **Dios como Dios**. Debo sin embargo poner de manifiesto que *cada uno de ellos según su manera única e irrepetible*. ¿Nos sorprende que el “Corazón” de Ignacio de Loyola, y el “Corazón de Pedro Arrupe” tengan ambos un amor apasionado al “Corazón de Jesucristo” — en el sentido de “corazón” que he explicado al comienzo de esta “Conclusión”? ¿Puede dudarse de que, tanto para Ignacio como para Pedro Arrupe, este “amor apasionado” se pueda expresar, en términos de espiritualidad apostólica, como “*Pasión por Cristo, pasión por la persona humana?*”

La apertura y disponibilidad, que la experiencia de *Dios como Dios* produce en los tres —Jesucristo, Ignacio y Pedro Arrupe — no es sino la “libertad interior” que hemos definido siempre como “libertad de” toda forma de egoísmo, para estar “libres” para Dios, y en Dios, para los demás. Esa “libertad interior” no es sino amor — amor que, personificado, es el Espíritu de Dios, el Espíritu de Jesús, que en la intimidad de la vida trinitaria, es la “libertad del Padre” de si mismo para estar “libre para el Hijo”, y la del Hijo para “estar libre para el Padre” — y para esa “Persona” de la Trinidad que es precisamente esa relación. “Donde está el Espíritu del Señor, allí”, dice triunfalmente San Pablo, “allí hay libertad” (2 Cor, 3:17).

¡Sicut “Cor Pauli, Cor Christi, ita “Cor Petri Arrupe, Cor Ignatii, Cor Chisti”!

*Traducción: Francisco de Solís SJ*

<sup>1</sup> El comentario erudito y extenso obra del P. Alfonso, sobre los puntos tocados por el P. Arrupe en sus principales intervenciones, no se publican aquí. Todo el artículo completo se publica como libro aparte por la editora de PUG, Roma. Nosotros solamente reproducimos la segunda parte de su escrito, “Una síntesis personal sobre el carisma jesuita / ignaciano”.

<sup>2</sup> El P. Arrupe declara inmediatamente este su objetivo en las primeras palabras de su charla sobre *Nuestro Modo de Proceder*: “Mi intención... no es en modo alguno apologética. Es más bien hacer algunas observaciones de acuerdo con lo que el Vaticano II nos dijo: “La renovación propia de la vida religiosa lleva consigo dos procesos simultáneos: una vuelta constante a las fuentes de la vida cristiana, y a la inspiración original de cada comunidad, y un ajuste de la comunidad a las condiciones cambiadas de los tiempos” (*Perfectae Caritatis*, 2<sup>o</sup>) (*Ibid.*, n<sup>o</sup> 1).

<sup>3</sup> En 1979 terminó su introducción con expresiones muy concretas. “Para decirlo de una manera más explícita: ¿Cómo vamos nosotros en la Compañía, de forma concreta, a resolver la tensión entre estas orientaciones del Concilio, que debemos volver a nuestra fuentes primitivas, y al mismo tiempo adaptarnos a los tiempos modernos?, o para formularlo en terminología ignaciana, ¿cómo cambiar nuestro modo de proceder? ¿Cómo debería haber evolucionado, y como debería evolucionar en el futuro? (*Ibid.*, final del n<sup>o</sup> 1).

Al año siguiente (1980) concluyó el primer número de su introducción expresando su genuina satisfacción por la acogida que había tenido su charla de 1979: “Me alegra decir que, según las noticias de recibo de todas partes de la Compañía, esas reflexiones (en *Nuestro Modo de Proceder*) han ayudado a no pocos jesuitas a progresar en la renovación a la que nos invita el Concilio, y que nos ha urgido la Congregación General 32” (*Ibid XVIII*, 1980-91, 115, final del n<sup>o</sup> 1).

Finalmente, al comenzar su última charla de esta serie (1981), el P. Arrupe reconoció claramente que: “En ambos casos (i.e. en *Nuestro Modo de Proceder* y en *La Inspiración Trinitaria del Carisma Ignaciano*) he intentado contribuir al estudio de las fuentes de inspiración de nuestro carisma. Esta es la senda que el Concilio Vaticano señala a las Instituciones Religiosas para que trabajen en la “*accommodata renovatio*” (renovación apropiada)” (*Ibid.*, 472, n.1).

<sup>4</sup> Para nosotros es evidente que la idea central del *Principio y Fundamento* — la procedencia de las criaturas de Dios, y su indudable ascenso y reintegración a través de la indiferencia, a su último fin, que es el mismo Dios—constituye una de las experiencias centralmente más vivas de la “iluminación sublime”. (P. Leturia, SJ, *Estudios Ignacianos*, II, p. 21; Cfr. Pp. 403-404).

—Hugo Rahner, SJ, *Ignatius von Loyola ald Mensch und Theologe*, p.102

—José Calveras SJ, “La Ilustración del Cardoner y el Instituto de la Compañía de Jesús, *AHJI* 25, (1956), 27-54.

—Roger Cantin, SJ, “L’illumination du Cardoner”, *Sciences Eccclésiatiqes*, 6, (1954) 25-56.

<sup>5</sup> En su magistral tesis doctoral: *Legge religiosa e discernimento spirituale nelle Costituzioni Della Compagnia di Gesù* (Ed. Paideia, brescia, 1973).

<sup>6</sup> Esto lo repite sin descanso Nadal en sus *Exhortaciones*, como también en su Comentario al Examen General (*Annot. In Examen*), donde se detiene en la significación de La Storta para el cuerpo de la Compañía y para cada uno de sus miembros. Y es el mismo Nadal quien dice: “Dios lo puso como ejemplo vivo de nuestro modo de proceder” (*Mon Nadal*, V, p. 262, n. 33). Y también “la forma de la Compañía está en la vida de Ignacio” (*Ibid*, p.268, p. 287, n. 52<sup>a</sup>).

<sup>7</sup> Esta experiencia se detalla en mi librito “*The Personal Vocation: Transformation in Depth through the Spiritual Exercises*” (Ed. Pontif Univ. Gregoriana, Roma, 9<sup>a</sup> edit, 2006).

<sup>8</sup> P. Arrupe, SJ, “*La Identidad del Jesuita en Nuestros Tiempos*”, Sal Terrae, Santander, 1981, p. 535. La traducción aquí al inglés es mía, como también el subrayado del texto.

<sup>9</sup> P. Arrupe, SJ, *Aquí me tienes, Señor; Apuntes de sus Ejercicios Espirituales, 1965*, Mensajero, Bilbao, 2<sup>a</sup> edic, 2002, pp. 71-73. la traducción al inglés es mía y también los textos resaltados.

<sup>10</sup> P. Arrupe, SJ, *La identidad del jesuita...*, ob cit pp. 535-536.